

Hacia un control generalizado de precios

Juan Luis Bour, economista jefe de FIEL

El Gobierno eligió un camino que lo lleva a profundizar los controles de precios. Los llamados “acuerdos” que se logran están lejos de ser voluntarios, ya que se establecen bajo la amenaza de boicots (Shell, Esso), o bajo procesos de intimidación pública (ataque a las autoridades de empresas, piquetes organizados por grupos de choque afines al gobierno), o con la amenaza de aumentos impositivos (esencialmente retenciones a las exportaciones). No sólo abarcan empresas productoras de bienes o servicios. Recientemente el Banco Central decidió obligar a los bancos a suscribir bonos (LEBAC) por los depósitos que reciben, pagando una tasa de interés real negativa. El objetivo es controlar otro precio de la economía, en este caso la tasa de interés.

Por algún tiempo, los controles son efectivos: los precios de la leche, las galletitas y –quizás- la carne subirán algo menos, la nafta permanecerá congelada, y la tasa de interés seguirá siendo negativa. Pero estos precios llevan la semilla de un problema mayor: los controles aumentan el desequilibrio entre oferta (que ya no crece, pues los precios dejan de ser rentables) y demanda (que sigue subiendo, porque los precios se mantienen por debajo del equilibrio). Más precios deberán incorporarse a la lista de controles, porque los que están libres anticiparán el control. La carga administrativa para el Estado (definir acuerdos sobre miles de precios) se volverá insostenible. En algunos meses –pueden ser 4, 8 ó 12, depende de diversos factores- los controles de precios llevarán a mayores desórdenes, que pueden terminar en problemas de abastecimiento (no hay productos al precio oficial, sí al precio paralelo). Los controles de precios desembocan –si se los lleva al límite- en los aún más temidos controles por “desabastecimiento”.

El éxito de una política de controles de precios depende, en realidad, de cuánta prudencia fiscal, monetaria y salarial tenga el Gobierno. Desde ya es imprudente forzar un aumento del dólar para recomprar reservas, y al mismo tiempo mantener políticas monetarias y fiscales expansivas, porque se está caminando al borde del abismo. Una política antiinflacionaria más efectiva –como prueba el resto del mundo- se puede lograr por vía de un aumento de la competencia en los mercados (con mayor apertura externa y regulación competitiva de los mercados domésticos), mejorando el clima de negocios para invertir, y sosteniendo políticas macroeconómicas muy prudentes. Mi sospecha es que esta agenda tiene pocos puntos de contacto con los de la actual Administración.